

FASCISMO APLICADO

EN esto del fascismo también existe una crítica de la razón pura y una crítica de la razón práctica, un fascismo teórico y un fascismo aplicado. El hortelero con tambor, el tendero con correajes y los sacristanes con trompetas, pequeños productos derivados del supermacho de Nietzsche, figuritas del belén musculoso que dieron la tabarra en la Europa de los años treinta, se han convertido hoy en espectros casi entrañables, realmente muy poco peligrosos. Incluso esos muchachos de gimnasio, que obedecen con el nombre de ultras, constituidos en partida de la porra, que andan por ahí apealeando demócratas, tienen el siniestro encanto de unos ángeles exterminadores con bigotito, pero son tan sólo un ala de cuervo que sombrea levemente a la comunidad. La Decadencia de Occidente de Spengler y el atraco al Banco Atlántico, el mostacho de mosca de don Hitler y las tres costillas rotas del señor García Trevijano son en teoría y en la práctica notas conjunturales, anécdotas de un pequeño cotarro, sin otra importancia que la que pueda tener cuando las costillas son las propias de uno. Todo eso no pasa de ser una bobada algo sanguinolenta.

Lo terrible es el fascismo aplicado, cuando esa doctrina se establece como una humedad que cala los huesos del cuerpo político, económico y moral de un país. A uno en su modestia no le da miedo el fascista cuando toca el tambor, sino cuando se disfraza de médico, de constructor, de portero, de taxista, de comerciante, de fontanero, de banquero o de simple contribuyente con paraguas. En la sociedad neocapitalista el fascismo se ha convertido en un hábito indefinido lleno de sutilezas legales y civilizadas. No es por nada, pero uno prefiere que haya algún médico loco, como aquel doctor Albiñana, a que la Medicina sea esta cochambre de ahora; hospitales con fachada de mármol listado y pasillos llenos de cojos varados con diez enfermeras buscando el único termómetro; uno está dispuesto a aceptar que algún pájaro raro de constructor se ponga correajes y se deje el tupé hitleriano con tal de que no se levante la Torre de Valencia, ni que las ciudades se conviertan en páramos de ladrillo visto, ni que las columnas de los monumentos sean tan gordas y encima del señor Avalos; uno prefiere que algún tenderillo de calle mayor se disponga un buen día a tocar la corneta llamando a filas a que el ramo del comercio, en general, te venda con sonrisa de lechuguino esa bazofia llamada comida envuelta en papel de plata. Si a algunos les da por tocar el tambor o por dar palizas a los que quieren votar, pues mire usted, es una tabarra pintoresca o dramática que hay que soportar porque en este mundo tiene que haber de todo. Lo peor es el fascista derivado: ese señor vestido con traje de alpaca que te saluda levantando amablemente el sombrero en el ascensor y que no dudaría en pegarte un ligero navajazo en el hipocondrio, después de preguntarte por tus hijos, si por un casual uno se interpusiera en su caminito trazado meticulosamente ■

VICENT

y de que Goyanes era empresa suya, su vida).

Fue un descubrimiento maravilloso: frente al ceñudo conserje artrítico, la recepcionista núbil; contra la alfombra de la Real (no Sociedad, sino Fábrica de Tapices), la avasalladora moqueta naranja; el candelabrón con cariátides, derrotado por el neón («le gris neón», creo recordar que entonces con patetismo Gilberto Bécand en los primeros clubs con poca luz accesibles a las economías de los hijos de clase media). La vida era una empresa con el corazón en bandolera, con seis líneas telefónicas, con zapatos de ante, con el primer adulterio presidente del «camas» devenido apartamento funcional.

Los más inteligentes y guapos y altos muchachos nuestros, iban a dar a la empresa, que era el vivir, y así también todas nuestras chicas que más pudieran parecerse a Françoise Hardy y más pudieran soñar con ser de mayo-

reloj; la empresa es nuestro reloj que marca la hora del mundo con la precisión implacable de un Tissot), aplicando criterios de rentabilidad, repita, aplicando gerundio, criterios, queda muy bien, hágame otro editorial.

Y si la Universidad —como nosotros, como el mundo, como el futuro— es una empresa, ¿por qué no ha de ser la empresa una Universidad? ¿Por qué no ha de dar títulos a nuestros jóvenes muchachos, y beneficiárselos, toda ella jefe sátiro?

Es bien sabido que las leyes reconocen las realidades «a posteriori». El debatido (muy bien, hágame otro comentario para la Segunda Cadena) artículo octavo de la Ley Sobre Relaciones Laborales, reconoce la realidad de la ampliación de la Avenida del Generalísimo y la generalización de la hamburguesa mixta. ■ CAÑAVERAL



res tan señoras como Ingrid Bergman.

Los funcionarios empezaron a comprarse corbatas chillonas y a decirle al sastre de toda la vida que por Dios se modernizara, que un poco de solapa ancha sin exagerar.

La empresa era una unidad de pendoneo en lo particular, y Sofico empezaba su larga y espléndida carrera, a la par que la Seat iniciaba la comercialización del que más tarde llamarían los juglares catorce treinta.

Ahora, se extrañan de que el artículo octavo de la llamada Ley sobre Relaciones Laborales contemple la figura (y al contemplarla se ría) del joven universitario que tiene que trabajar dos años de gratis en una empresa para obtener su título.

Flaca memoria. Sabíamos que la Universidad debe funcionar como una empresa (nuestros abuelos habrían dicho que como un

SI LA BOLSA SE DISPARA, OCURREN COSAS MUY RARAS

Los expertos financieros no quisieron hacernos caso. Por eso no entienden nada y dicen ahora que si la Bolsa sube por esto y por lo otro. No han querido entender (ver «Cuándo la Bolsa baja hay que ponerle faja», número 178 de «Hermano Lobo») que la Bolsa es una mujer y por eso el sol de España está que bebe los vientos por si la Bolsa le engaña. Y que es una mujer más bien pendona y un poco viciosa. Por eso tiene una herida, por eso busca la muerte.

Después de locas borracheras